

PLAZA DE SAN JUAN



*“Los libros son una sucesión de espejos que multiplican el mundo”*

**ITALO CALVINO**

# SUMARIO

■ Enrique Angulo. LA CIUDAD FRÍA .....	3
■ Carlos de la Sierra. TALES OF MYSTERY AND IMAGINATION .....	5
■ Juan Luis Sobrón. ABUELOS, PADRES Y NIETOS, HOY .....	12
■ Ana Mayoral. LIDIA Y LAS MÁSCARAS .....	13
■ Luis C. Montenegro. IRENE .....	15
■ Loly Fernández. TRECE Y MARTES. ETERNO.....	23
■ Montserrat Díaz Miguel. ....	24
■ José M <sup>a</sup> Izarra. POSEIDÓN.....	25
■ Manuel Catalina. EL MÉTODO .....	34
■ José Luis García Pascual. EL ALMA ENAMORADA .....	35
■ José Matesanz. TRES POEMAS. PAISAJES DEL ALMA .....	37
■ Miguel Aguado. SOLITARIO .....	39

**TÍTULO Y AUTOR DE LA ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA:** *"La pequeña anarquista"* de HORACIO FERRER.

**FOTOGRAFÍAS:** ALÁN CARRASCO.

"Alán Carrasco está inquieto por intentar explicar algunas cosas que ha visto por donde ha pasado, pero no sabe hacerlo con letras, ni con gestos. En Limerick vio el final de la Tierra, y en Liverpool sintió el frío más triste del mundo. En París la gente parecía esperar algo o a alguien. Desde los trenes vio incendios y conoció a camareros depresivos. Un día decidió resguardarse en la habitación de un hotel, y al otro cenar fuera. En Iruñea se reencontró consigo mismo, pero pronto se volvió a perder. Entonces comenzó su escapada, esta vez hacia Barcelona...".





# LA CIUDAD ERÍA

A Burqos | ENRIQUE  
ANGULO



■ Eres como una fantasía de crepúsculos helados,  
ciudad insomne en los brazos de tu historia,  
en tu boca hay leyendas difuminadas,  
y héroes aguerridos en tus pedestales,  
tu melancolía es un perro asustado  
que busca caricias en las irregulares plazas,  
donde niños silentes persiguen a las mimadas palomas.

Eres entrañable como las piedras llenas de musgo,  
tus jardines dormitan en tardes hipnóticas,  
por cauces ligeros tus ríos discurren,  
y entre la solana y la escarcha, los amantes  
se besan en tu verde corazón de recintos.

Tus blancas galerías se asoman  
a calles recoletas y a ensueños de niebla,  
hay en tus aleros gorriones diligentes,  
y las avispas se detienen ante tus cincelados pétalos.

Como una cremallera te cierras sobre todos tus caminos,  
tus paseos se estiran por frondosidades amenas,  
para llegar al silbo religioso de tus capillas,  
a tus miradores de hojarasca y de nieves impolutas,  
a la sensatez pétrea de tus iglesias.

Eres un poema musicado con sentidos acordes,  
una arboleda íntima de álamos y acacias  
que conversan menudencias,  
hay relajantes susurros en tus noches serenas,  
y tus castaños dejan, sobre primaverales aceras,  
flores que parecen trajes de novia,  
recién abandonados el día de la boda.

En tus húmedos lacrimales se posan las moscas,  
tus sepulcros permanecen en la orilla de los versos,  
sólo cabe recogerse en tus días de cierzo,  
en las grises acuarelas de tus tardes famélicas,  
en tus horas de cellisca y tus mañanas  
de transparentes carámbanos que gotean,  
cuando los viandantes caminan presurosos,  
y medita como cartujos la población entera.

En el centro de tu alma los pináculos se asombran  
del crotorar de las cigüeñas generosas en nidos,  
en tus claustros ondean místicas sábanas,  
mientras todo lo remites a las agujas y el cimborrio  
de tu majestuosa catedral gótica.

Los peregrinos se pierden  
por empedrados que sueñan  
con los siglos rumorosos del Camino de Santiago,  
tus murallas estrechan un aroma de pinos,  
y en el castillo, los espectros tienen saudades de almenas.

En tardes de verano tus chopos gallardos  
embargan de sombras a soñadores de quimeras,  
y en la placidez de algunas de tus terrazas,  
mientras uno se refresca, puede verse,  
cómo los plátanos de cortezas exfoliadas,  
unen en vegetales abrazos sus nudosas ramas.

Hay vidas en mate detrás de tus cornisas,  
letanías recurrentes en la prontitud de tu clima,  
eres una madre huraña con un fondo de ternura,  
manejas el desengaño como un tahúr los naipes,  
generas nostalgias como las nubes la lluvia,  
tus misterios son como caracoles marinos,  
y quien de ti se enamora lo hace para siempre. ■



# TALES OF MYSTERY AND IMAGINATION

CARLOS  
DE LA SIERRA

■ Miro un viejo recorte de prensa en el que está fotografiada la tumba de Edgar Allan Poe. “Una botella de coñac y tres rosas blancas permanecen desde el pasado miércoles junto a la tumba de Edgar Allan Poe en Baltimore, muerto el 19 de enero de 1849”, escribía el cronista. Nada es lo que parece. Se trata de otra gran mentira sobre la vida y muerte de Poe; seamos benévolos, puede ser un error. ¡Maldita sea!, otro equívoco sobre la muerte de Poe. Son miles las falsedades, los sucesos, misteriosos o morbosos, tejidos en su torno. El periodista parece ser el único que no sabe la verdad; y se atreve a escribir de lo que desconoce. “Edgar Allan Poe muere el 7 de octubre de 1849 en el Washington College Hospital de Baltimore, y el ocho el nueve es enterrado en el cementerio presbiteriano de aquella ciudad”.

Otra fotografía, tomada por su biógrafo Georges Walter, tal vez más moderna, ofrece una imagen de la tumba del poeta menos sombría, menos torva, menos oscura. Sobre la lápida se yergue una estela de mármol blanco, con el nombre de Poe grabado al pie; en el centro de la estela destaca un medallón de bronce con el rostro del gran bostoniano. Parece que la luz ilumina de nuevo el recuerdo del escritor.

En uno de sus poemas tempranos, *Alone*, publicado póstumamente en septiembre de 1875 en *Scribner's Magazine*, Poe describía el misterio que envolvía sus días:

Ya desde mi niñez, yo nunca he sido  
como eran otros; yo nunca he mirado

como los otros; nunca mis pasiones  
brotaron del venero comunal.  
Yo no sacaba de la misma fuente  
mis penas; no podía despertar  
mi corazón al gozo en igual tono  
y todo lo que amé, lo amé yo solo.

Solo. Así tituló Edgar este poema de juventud en el que habla de su infancia, de su difícil y desgraciada infancia. Sabía de qué hablaba. Había nacido el 19 de enero de 1809 en Bostón (Massachussets), segundo hijo de la actriz inglesa Elizabeht Arnold y del actor norteamericano David Poe junior. Edgard tuvo dos hermanos, William Henry Leonard, nacido en 1807 y Rosalíe, que vio la luz el 20 de enero de 1810. En julio de 1810 David Poe desaparece en Nueva York. Moriría pronto: tuberculoso, alcohólico, amargado, sin una miserable nota necrológica. Solo.

La madre de Edgar es una joven actriz europea, Elizabeth Arnold, “pequeña, de grandes y misteriosos ojos, largos, negrísimos y rizados cabellos, talle estrecho, brazos delgados y aspecto altivo”. ¿Qué pensaría Poe de su madre? La quería, de eso no cabe la menor duda. ¿Cómo no puede querer a su madre un niño de apenas tres años? Antes de conocer a David Poe junior, hijo de un comandante a quien su popularidad le valió ser llamado “general”, Elizabeth estuvo casada con un tal señor Hopkins, que murió poco después. Así pues, viuda y hermosa, la joven Betty caía en brazos de David Poe para convertirse en la señora Poe. El



final de la actriz estuvo revestido de un singular patetismo. En el *Enquirer* del 29 de diciembre, recuadrado, se publicaba el siguiente texto: “A los corazones compasivos. Esta noche la señora Poe, postrada en el lecho del dolor y rodeada de sus hijos, solicita vuestra ayuda y lo hace, quizá, por última vez. La generosidad del público de Richmond no hará necesaria otra llamada”. Elizabeth Arnold Poe murió diez días después, el 9 de diciembre de 1811. Tenía 24 años.

Los huérfanos fueron acogidos por distintas familias. Aunque no legalmente, Edgar fue adoptado por Frances Keling Valentine y John Allan, rico comerciante de Richmond. Comenzaba su periodo de soledad. De soledad terrenal, quiero decir.

En ocasiones leo a Poe apasionadamente, desesperadamente, dolorosamente; hasta que consigo cruzar el umbral de sus pensamientos. Tomo asiento a su lado, sirvo dos copas de absenta, entorno los ojos, respiro; recito sus palabras de memoria, muy despacio, con voz tenue. “Vosotros los que leéis aún estáis entre los vivos; pero yo, el que escribe, habré entrado hace mucho en la región de las

sombras. Pues en verdad ocurrirán muchas cosas, y se sabrán cosas secretas, y pasarán muchos siglos antes de que los hombres vean este escrito. Y, cuando lo hayan visto, habrá quienes no crean en él, y otros dudarán, más unos pocos habrá que encuentren razones para meditar frente a los caracteres aquí grabados con un estilo de hierro”. Es el comienzo de *Sombra*, una parábola, un relato impresionante.

Poe consume la copa de absenta mientras permanece como ausente. Su mirada penetrante encierra una tristeza incontenible; me recuerda a su figura en el daguerrotipo para el que posó tres meses antes de su muerte. Su rostro se muestra extrañamente despejado, casi luminoso; eran días de algunos reconocimientos, incluso de elogios de la prensa; sin embargo se ve a un hombre cansado, agotado; tal vez conociera ya su destino.

Entonces murmura unas palabras apenas inaudibles, que había escrito hacia el final de su fábula más hermosa, *Silencio*; no me pidas, lector, que comprenda la razón que le impulsó a pronunciar estas palabras y no otras, ¿acaso importa? “Y mis ojos cayeron sobre el rostro de aquel hombre,



y su rostro estaba pálido. Y bruscamente alzó la cabeza, que apoyaba en la mano y, poniéndose de pie en la roca, escuchó. Pero no se oía ninguna voz en todo el vasto desierto ilimitado, y los caracteres sobre la roca decían: SILENCIO. Y el hombre se estremeció y, desviando el rostro, huyó a toda carrera, al punto que cesé de verlo”. Bruscamente, Poe enmudece. El tenue olor a láudano espesa la sensación de niebla que envuelve el lugar de mi mente donde me reúno con el poeta. Esta vez ha estado demasiado tiempo alejado de sus ángeles, de los ángeles que le protegen en su eternidad como ya lo hicieron en vida.

El cielo del atardecer se repliega en cirros de luces blancas y rosadas; se enciende en gasas anaranjadas de sol ardiente de junio para envolver el cuerpo de la mujer amada; es la mortaja que cubre a la llorada Virginia, tan cruelmente arrebatada; son sus amadas, sus amantes, sus pasiones carnales, sus desvaríos poéticos. La misma luz pálida de luna azul que pasea fría entre las tumbas; tumbas y ángeles. Ángeles reales que tocan el laúd tan bien como Israfel, y con tanta pasión como ponía cuando cantaba la pobre Virginia. El 16 de mayo de 1836 se casa con su prima Virginia Clemm de trece años; era su ángel. Con ellos vivía otro ángel, María Clemm, madre de Virginia y tía y suegra de Edgar. El poeta, con el más dulce de los afectos, la llamaba madre.

La novelista Mary Gove Nichols, mesmerista y homeópata, poseía la habilidad de retratar la realidad con palabras. En compañía de George Colton, director de la *American Revue*, que había publicado por primera vez *El Cuervo*, visitó la casa de Poe en Fordham. “La señora Poe parecía muy joven, tenía grandes ojos negros y una tez de color blanquecino como las perlas. Su rostro pálido, sus ojos brillantes y su cabello de azabache le

daban una apariencia extraterrestre. Casi daba la impresión de ser puro espíritu, y cuando tosía parecía que le quedaba poco de vida”. Un espíritu puro, un ángel de luz arropado en las delicadas alas de su pobreza, ¡tan frágiles! Virginia se moría.

Un año más tarde, Poe escribía una carta desgarradora a Georges W. Eveleht, joven estudiante de medicina que vivía en Phillips, Madison. “Esa *enfermedad* fue la peor que pueda golpear a un hombre. Hace seis años, una mujer a la que amaba como nunca ha amado un hombre, se rompió, cantando, una vaso sanguíneo. Su vida se vio en una situación desesperada. Le dediqué un adiós para siempre y padecí toda la agonía de su muerte. (...) A finales de año el vaso volvió a romperse. (...) Más tarde, al siguiente año, sucedió de nuevo. Y una vez más, y otras, a intervalos variados. Y cada vez vivía todas las agonías de su muerte, y a cada retorno de su enfermedad la amaba más todavía y me aferraba a su vida con tenacidad cada vez más desesperada. Pero yo soy de constitución sensible y nervioso hasta un extremo poco común. Me volví loco con largos intervalos de horrible lucidez. Con ocasión de estos accesos de inconsciencia absoluta, bebía, y sólo Dios sabe a qué ritmo y en qué cantidades. Ni que decir tiene que mis enemigos atribuían la locura a la bebida, en vez de la bebida a la locura”. No necesitaba mucho licor Edgar para debilitar su organismo. Estudios recientes acreditan su intolerancia al alcohol.

De nuevo Mary Gove Nichols trazaba un certero relato del pauperismo en que la familia Poe vivía los últimos días de Virginia. “La cama, que no era más que un jergón, no tenía manta, pero había un cubrecama y sábanas blancas como la nieve. Hacía frío y la joven enferma tenía los terribles estremecimientos que acompañan a la fiebre elevada de la

consunción. Ella estaba tendida sobre el jergón, envuelta en el paletó de su marido, y un gran gato descansaba sobre su pecho. Este maravilloso gato parecía consciente de su utilidad". Las alas del ángel ya han perdido su mágico poder de calentar a la niña que cobijan; en algún lugar de la habitación, agazapado en la zona más sombría, el ángel de la muerte esperaba a su presa. Acogería su alma dulcemente, sin expresar tristeza ni pesar. Tal vez en su interior acariciase la esperanza de que Virginia le cantase su canción más hermosa, a él, al ángel de la muerte. Nada podía ir peor.

Un rayo de luz en el barrizal de agua fría que era su existencia fue la llegada a la casa de Fordham, a instancias de Mary Gove, de Marie-Luise Shew, el último ángel que acarició a la moribunda Virginia. Como había sucedido en los días finales de Elizabeht Arnold, madre de Poe, el *Saturday Evening Post* informaba a sus lectores de que Edgar padecía una peligrosa fiebre cerebral y de que su mujer estaba muriéndose. Una frase resume perfectamente su tragedia: "Están sin dinero y sin amigos".

"Virginia murió el 30 de enero de 1847 en la pequeña habitación del desván y fue envuelta por su madre en una sábana de lino". Un ángel con alas de lino. Edgar Allan Poe cayó en un estado de postración que hizo temer por su vida; padeció una congestión cerebral. En todo momento junto a su cama estuvo Marie-Luise Shew, que tenía conocimientos médicos. María Clemm, su querida Muddy, estaba también a su lado. Para ella era su Eddy.

Quiero imaginar que envuelto en sus fiebres terribles, Poe recitaba *The bells. A song*. Es uno de sus poemas más alegres; una canción transparente, musical, nítida, festiva; huele a naturaleza, a campiña, a vida:

¡Las campanas! ¡Oíd las campanas!  
¡Las alegres campanas de boda!  
¡Las pequeñas campanas de plata!  
¡Cuán fantásticamente brota una melodía  
de los tintineantes senos de plata  
de las campanas, campanas, campanas,  
de las campanas!

"*Of the bells, bells, bells! Of the bells!*" La fiebre decrecía. Poe se había salvado. De momento.

Sissy había muerto dos días después de la publicación de la balada *Annabel Lee*, el último poema editado de Edgar Allan Poe. Algunas mujeres de su entorno creían haber sido las musas del poeta. Yo no abrigo dudas al respecto: Annabel Lee era Virginia, su querida Sissy, su ángel, su mujer. No tuvo otra.

Fue hace muchos, muchos años,  
en un reino junto al mar,  
donde vivía una doncella que tal vez  
conozcáis  
por el nombre de Annabel Lee;  
y esta doncella vivía sin otro  
pensamiento  
que amarme y ser amada por mí.  
(...) Los ángeles, ni la mitad de  
dichosos en el cielo,  
nos envidiaban a ella y a mí;  
¡sí!, esa era la razón (como todos saben,  
en aquel reino junto al mar)  
de que surgiese el viento de la nube,  
una noche,  
helando y matando a mi Annabel Lee.

Quedaba por escribir todavía el último capítulo de su vida. Probablemente ya no le cuidaban los ángeles en la tierra; le esperaban en la eternidad. Tal vez por eso la sombra negra de un cuervo poderoso presidía sus pasos por el mundo. Podía ser también un demonio, el Demonio de *Silencio*. "Y cuando el Demonio concluyó su historia, se dejó caer, en la cavidad de la tumba y rió. Y yo no pude reírme con él, y me maldijo porque no reía. Y el lince que eternamente mora en la tumba salió



de ella y se tendió a los pies del Demonio, y lo miró fijamente a la cara”.

Poe estaba condenado. Sus últimos meses entre los hombres fueron erráticos; corría hacia adelante desesperadamente, sin limitación ni destino, sin aliento, sin esperanza. Estaba exhausto. Paseaba muy despacio por los campos aspirando bocanadas de aire puro; le gustaba tomar asiento al límite de los bosquecillos de álamos blancos, y en las medias faldas de praderas verdes, y tumbarse bajo la luz de cielos azules. Entrecerraba los ojos para ver mejor la inmensidad; su deleite inconfesado era buscar rastros en el cielo, débiles jirones de nubes, sendas de paso de los ángeles; hilos de la mortaja de Virginia ide su Sissy! convertidos ahora en harapos de luz blanca, de luz fría y mortal.

En Providence (Rhode Island), el escritor conoce a la poetisa Sarah Helen Whitman. Es otoño. Las hojas de arce, encendidas de pasión roja, vuelan mecidas en brisas dulces; en los campos reina una quietud extraña, un silencio que los envuelve en las brumas doradas de la mañana; tras la niebla que cubre los valles se perfilan montañas azules y

negras. Edgar se enamora de Sarah, y en seguida se comprometen en matrimonio.

Es seguro que no ha olvidado a Virginia. Sarah Helen es distinta, piensa Poe. Y la quiere. ¿La quiere?, no: la adora. Edgar está atrapado en la fascinación por la mujer a la que llama *Elena de los mil* sueños. Ya no cabe duda: Poe está muy enfermo. En contestación a una misiva de la propia Sarah Helen Whitman, el poeta le escribe una carta, inflamado de amor; es el grito desesperado de un escritor enfebrecido, no las palabras de un hombre enamorado. Pero nadie parece verlo. Ni siquiera él.

*(Fordham) Domingo por la noche,  
1 de octubre de 1848.*

“Me he llevado su carta una y otra vez a los labios, dulcísima Helen, y la he bañado con lágrimas de alborozo, o de “divina desesperación”. (...) Y ahora, con las palabras más sencillas que tengo a mi disposición, permítame que le pinte la impresión que me causó su personal aparición. Cuando la vi entrar en la estancia, pálida, tímida, titubeante, con el corazón evidentemente oprimido; cuando sus ojos descansaron tan conmovedores, por un breve instante, en los míos. (...) Le

oí hablar con voz quebrada por la emoción, parecía apenas saber lo que estaba diciendo. Yo no oí palabra ninguna; oí tan sólo la dulzura de su voz, y me pareció más familiar que la mía propia, más melodiosa que los cánticos de los ángeles. Su mano se posó sobre la mía, y toda mi alma se estremeció en un trémulo éxtasis”. Era la primera carta que Edgar le escribía a Sarah Helen; el texto “tenía no menos de quince páginas y de veinte mil letras”.

Poe está trastornado. Su amor hacia Sarah es poco sincero; tramposo, sería la expresión adecuada. En realidad quiere a su Annie. Annie Locke Richmond vivía con su marido Charles B. Richmond en Lowell, Massachussets; es una mujer casada, pero Edgar no duda en pedirle matrimonio. Sarah Helen es la opción sólo si Annie le rechaza. El desasosiego del poeta le empuja a la desesperación. “Tras una noche muy mala en la ciudad, Edgar compra dos onzas de láudano, cerca de sesenta gramos. (...) Al parecer, el día 2 de noviembre ingiere la mitad. A continuación toma el tren para Boston: de ahí debe proceder la última carta de Annie. Ante la oficina de correos siente náuseas y vomita. Los transeúntes se detienen sorprendidos por la visión de ese caballero caído en el arroyo”.

Poe juega a la ruleta rusa con el tambor del revolver repleto de balas. Lo sabe, pero actúa como si fuera ajeno a todo. El 16 de noviembre escribe a Annie Richmond una larga carta. “Pero Annie, *querida mía, mi Annie, Annie, mi cara hermana, mi hermoso ángel puro, esposa de mi alma, a mí destinada aquí abajo y para siempre en los cielos*”; y le habla fríamente de su intento de suicidio “usted vendría a mí cuando me hallara en el lecho de mi muerte”; firma, “Eddy”. No logra conmovier la voluntad de Annie Locke Richmond, que permanece fiel a su marido. “En diciembre Helen

Whitman rompe el compromiso y Poe regresa a Fordham”. Solo.

Durante su estancia en Richmond, el poeta se reencuentra con Elmira Rosyter, viuda de Shelton, con quien se compromete en matrimonio; se conocían desde la adolescencia. Demasiado tarde, de nuevo. Los ángeles que cuidaban del poeta se habían desvanecido en cielos de tormenta. El recuerdo de la dulce Sissy no era ya el bálsamo que sanaba a Edgar.

Sus dos últimas cartas las envió desde Richmond el martes 18 de septiembre; una estaba dirigida a Sarah Anna Lewis y otra a María Clemm. “Mi muy querida Muddy. (...) Elmira acaba de volver del campo. Pasé con ella la velada ayer. (...) El lunes di una conferencia en Norfolk, lo que me ha permitido pagar mi factura del Madison House; me han sobrado dos dólares. (...) El martes saldré para Filadelfia (...) y si es posible, el miércoles saldré para Nueva York”. Nunca llegaría a su destino.

“Pero fue en Baltimore donde, el 3 de octubre, el obrero impresor Joseph Walker lo descubrió tirado ante un colegio electoral y en seguida fue llevado al hospital. Como habían pasado seis días (desde el viernes 27 de septiembre), no se sabe si Edgar se había quedado en Baltimore o si había vuelto de Filadelfia”. Poe murió a las cinco de la mañana del domingo 7 de octubre de 1849 en el silencio de una agonía lenta. Solo.

De su entierro queda el relato del coronel Alden Weston, testigo presencial. “En un día frío y sombrío de octubre, poco adecuado al clima ordinario, acababa de salir de casa cuando mi atención fue atraída por una carroza fúnebre seguida por coches del tipo más corriente. Cuando el pequeño cortejo llegaba a mi altura, un impulso inexplicable me hizo preguntarle al cochero: “¿De quién es este entierro?” Y,



para mayor sorpresa, me respondió: “Del señor Poe, el poeta”. “La ceremonia de la inhumación, que no llevó más de tres minutos, fue tan fría y poco cristiana que provocó en mí un sentimiento de cólera irreprimible. El único pariente presente era un primo, un abogado muy conocido en Baltimore. (...) Yo había sido la última persona que había visto el ataúd que contenía los restos mortales de Edgar Allan Poe”.

Al poeta Walt Whitman no le gustaban los trabajos oscuros de Poe. Cosas de poetas. Una leyenda afirmaba que no había asistido a los funerales de Edgar porque había tenido un sueño. “En un sueño, una vez vi un buque en el mar, a media noche, en plena tempestad. (...) Navegaba si control, con las velas

deshechas y los mástiles quebrados por la furiosa tempestad de nieve y por las olas. En cubierta estaba la hermosa y gallarda figura de un hombre que, al parecer, disfrutaba del terror, de la lobreguez, del desastre, del que él era centro y víctima. Esta figura de mi sombría pesadilla podría ser el exponente de Edgar Poe, su espíritu, su fortuna y sus poemas; estos mismos no son sino espeluznantes pesadillas”.

Edgar ha conseguido su objetivo: abandonar las miserias humanas. Puede ahora regresar a su noche querida, tomar la mano de Virginia, y perderse juntos en el resplandor que ilumina las crestas de las nubes.

Burgos, primavera del año 2009.

Carlos de la Sierra

#### BIBLIOGRAFÍA:

*Edgar A. Poe*. Los Gigantes. Editorial Prensa Española. 1971.

*Poe*. Georges Walter. Anaya & Mario Muchnik. 1995.

*Edgar Allan Poe. Cartas de un poeta. (1826-1849)*. Edición a cargo de Bárbara Lanati. Grijalbo Mondadori. 1995.

*Edgar Allan Poe. Poesía completa*. Traducción a cargo de María Condor y Gustavo Falaquera. Edición bilingüe. Poesía Hiperión. 2000.

*Cuentos completos. Edgar Allan Poe*. Traducción de Julio Cortázar. Edhasa. 2009.



# ABUELOS, PADRES Y NIETOS, HOY

JUAN LUIS  
SOBRÓN

**Abuelos**, padres de nietos  
os lleváis la peor parte,  
debéis siempre estar dispuestos  
a lo que los hijos manden...

Aunque dais vuestros consejos  
que son valiosos mensajes,  
os desoyen manteniendo  
que vuestra opinión no vale.

Dicen que sois de otro tiempo,  
creen que todo lo saben,  
y que el continuo progreso  
os apartó del combate.

**Padres** de hijos de abuelos,  
sois esclavos insaciables  
del consumismo dantesco  
de una sociedad salvaje.

Tenéis absorbido el seso  
con la hipoteca, los viajes,  
el qué dirán, los amigos,  
las vacaciones, los trajes.

Descuidáis los sentimientos,  
sois ansiosos delirantes,  
vivís siempre insatisfechos  
con Dámocles implacable.

**Nietos** e hijos de abuelos  
quieren que nada os falte:  
videoconsolas, juegos,  
y el Internet fascinante.

Si un día traéis suspensos,  
pues... clases particulares,  
que os castiga el maestro...  
no temáis, él es culpable.

Los padres no tienen tiempo  
y no debéis molestarles,  
no podéis jugar con ellos...  
os ponéis insoportables.

Ésta es hoy la convivencia  
de las familias estables,  
porque, si hay separaciones...  
existen otros detalles.



# LIDIA Y LAS MÁSCARAS

ANA  
MAYORAL



■ Corría el año 186 a. de C., pero Lidia no lo sabía; entre otras cosas por que el llamado Cristo aún no había llegado al mundo para alterar el calendario y predicar la extraña idea de que los unos se amaran a los otros. Pues bien, en aquel fatídico año se le ocurrió al senado romano prohibir algo tan elemental y sagrado como las bacanales. Supongo que siempre han existido y existirán personajes empeñados en hacer infelices a los hombres llevándolos por el buen camino, que, por otra parte, suele ser muy aburrido. Ya lo hizo después Savonarola en el siglo XV creando las famosas “hogueras de las vanidades”, en las que invitaba a los florentinos a arrojar sus objetos de lujo y terminó por destruir libros de Petrarca y Bocaccio que consideraba pecaminosos. No obstante, al final triunfó la cordura de los insumisos, y en el imperio romano se siguió celebrando el culto a Baco, y cuando la iglesia católica intentó eliminarlo la sabiduría popular lo reemplazó por el carnaval. Como decía al comenzar mi relato, Lidia desconocía que estuviera en el 168 a. de Cristo, pero le molestó profundamente enterarse por su esclava que se acababa de prohibir la bacanal, sobre todo porque se había hecho coser una túnica nueva, ceñida con una fíbula de oro que le había regalado su esposo, y que pensaba lucir esa misma noche. Sabía que la prenda duraría poco tiempo sobre su espléndido cuerpo, porque el vino surtía efec-

to rápidamente, borrando las inhibiciones de los invitados. Pero lo que más deseaba era contemplar, en la playa, sobre su diván dorado, la llegada del dios Baco sobre las olas del mar en su magnífico *carrus navalis*. Se estremecía como una niña que imagina los placeres desconocidos que le aguardan cuando se convierta en una mujer. No hizo caso de Rémula, su esclava, y se dirigió a los aposentos de su esposo. El esclavo la dejó pasar, inclinando la cabeza y ella aprovechó el momento para acariciar la suave piel de su musculoso brazo. El anciano, que estaba reclinado en el diván, sonrió al verla con las hermosas vestiduras y se lamentó con tristeza de que su cuerpo no respondiera como es debido a la maravilla que contemplaba a través de sus cataratas. “Estás bellísima, Lidia”, le dijo sonriendo. “Gracias, Flavio”, le contestó. “Pero estoy triste, Rémula me ha dicho que el Senado ha prohibido las bacanales.” El hombre la miró, simulando contrariedad, y le respondió: “No sabes cuánto lo lamento, sobre todo porque ya no estoy para excesos, pero quiero que tú te diviertas adorando a nuestro amado Baco”. “Pues esos tiempos de felicidad han terminado, querido Flavio, ¿qué será lo próximo? ¿privarnos de los dulces, de los sabrosos frutos del mar, de las tiernas carnes asadas?”. “No lo sé querida”, le respondió el anciano. “Espero que se conformen con esto. Pero no desaprovechemos tu belleza y siéntate a mi lado hasta que duerma, enséñame lo que oculta esa bella túnica”.

Cuando Flavio se durmió –no tardó ni cinco minutos–, Lidia se dirigió a sus habitaciones maldiciendo su mala suerte, presintiendo la descomposición de su cuerpo sin que éste pudiera vibrar con los regalos que los dioses colmaban a los hombres ricos y con buena posición. Más su contrariedad se desvaneció como la niebla ante el brillo inesperado del sol. El esclavo rozó su mano cuando cruzaba el umbral y le señaló una sala en la que el amo guardaba sus objetos personales. Lidia le siguió, intrigada, y se sorprendió cuando Alexandro, el joven esclavo, le tendió una máscara. Él se colocó otra y se cubrió con una capa oscura. “Tendrá su *carrus navalis*, señora” le dijo, tomándola de la mano, y la arrastró a la oscuridad de la noche por la puerta que usaban los esclavos. Y así el ama y el siervo acudieron a divertirse junto a otros señores y esclavos, que para no ser reconocidos ni denunciados al senado se disfrazaban con grotescas y refinadas máscaras, que les permitían dar culto a su dios. Bien entrada la noche, Lidia, embriagada en exceso, se arrojó a los brazos de un hombre cubierto por una magnífica máscara dorada de la que emanaban rayos del sol y buscó su cuerpo bajo la túnica blanca, pero sus manos tropezaron con la piel ajada de un viejo, y cuando intentó huir éste se quitó la máscara y le preguntó: “¿Te diviertes, Lidia, mi querida esposa”? ■



# IRENE

(Del libro *DE LA VIÑA DEL SEÑOR*) | LUIS C. MONTENEGRO



*“Todo, excepto la lujuria, es destruído  
en la máquina hecha por el hombre”*

Oscar Wilde

■ Fue en la última semana de julio, la que siguió a mi regreso de esquiar, cuando vi por primera vez a Irene. Era el cóctel de cierre de un encuentro de empresarios y ella estaba acompañando a su marido, hombre tan renombrado como sospechado en el mundo de los negocios.

Yo, por mi parte, estaba aprovechando una invitación impersonal llegada a nuestro estudio de arquitectura, la que a nadie interesó. Sin la oferta de otro programa más seductor para aquella noche, decidí sacudir mi esplín, y perderme entre tanta gente poderosa y mesas bien servidas.

En realidad, aunque no conocía a Irene personalmente, sabía bien de ella, y había visto muchas de sus fotos en las revistas frívolas de circulación masiva.

Lo que no imaginaba era que fuera tanto más mona, sexy y elegante, que lo que mostraban aquellas notas. A corta distancia, pude observarla en todo su esplendor sin denunciarme, mientras fingía prestar atención a lo que un abogado amigo me comentaba sobre no sé qué cosas. Pero lo cierto era que no podía apartar los ojos de su figura.

Su físico descollaba entre los de las mujeres con quienes departía, las que intentaban disimular en vano sus años con ropas caras y de mal gusto.

Era, en realidad, soberbia: alta, trigüeña, de rasgos casi perfectos, y su porte resaltaba con un vestido negro, que dejaba al desnudo su espalda escultural. Los movimientos de sus piernas torneadas, que



hacían cimbrear con gracia infinita el misterio de su humanidad, encendieron en mí un deseo intenso e inesperado.

De repente, como atraída por mi lujuria, se apartó del corrillo que integraba y caminó en dirección a nosotros. Me sobresalté en vano, porque su acercamiento respondía a motivos ajenos a mi emoción: simplemente, había reconocido a mi interlocutor y deseaba saludarlo.

Nuestro común y propicio amigo nos presentó. Al besar su mejilla, aspiré un perfume penetrante que disfruté los minutos que siguieron.

Mientras ellos hacían comentarios triviales sobre amistades que compartían, yo intentaba disimular mi turbación. Me superé, no quise mostrarme ausente, y ponderé con entusiasmo su vestido. Me agradeció como segura de que le estaba haciendo justicia a su modelo. Ante mi sorpresa agregó que conocía nuestro estudio y en particular a Adolfo, mi socio, quien había sido el responsable atinado de algunos trabajos en su casa de campo en Luján.

Al despedirse, Irene me pidió que le anticipara a Adolfo que lo llamaría: necesitaba hacerle una consulta profesional.

Tuve la sensación de que, durante lo que fue la conclusión de aquel ágape, nuestras miradas que se cruzaron más de una vez, llevaban la intención de encontrarse.

Al irme, pasé junto a la mesa que ocupaba con sus amigos, y recibí su saludo casi imperceptible, pero que justificó con creces mi permanencia allí hasta esa hora.

La semana que comenzó luego de mi escapada a la nieve, me atrapó en un torbellino de trabajo postergado. Lo primero que hice, al verme con Adolfo, fue comentarle mi encuentro con Irene. Mi socio, se desahogó en ponderaciones sobre ella, y yo disfruté como si de cosa propia se tratara.

Compartimos con él, por razones profesionales y, dado el nivel económico de la

cliente, la expectativa de que llamara al estudio. Yo silencé con prudencia mis motivos personales.

Retomé con decisión mi rutina laboral. Teníamos en construcción tres casas en barrios privados en la zona de Pilar, varias reformas de departamentos porteños y la ejecución de unas caballerizas para un cliente mejicano, rico, polista, y malcriado.

Me sumergí con resignación en aquella vorágine, aunque sin poder apartar de la mente el recuerdo de la mujer que tanto me había conmovido.

Una semana después, al entrar a nuestro estudio, mi corazón se sobresaltó: a través de los vidrios de la oficina de Adolfo, vi que allí estaba Irene; soberbia, paseándose enfundada en unos pantalones que ponían aún más de manifiesto, sus formas apetitosas.

Ambos, al advertir mi llegada, me sonrieron. Para recuperarme de la sorpresa, hice con la mano lo que intentó ser un saludo informal, y desaparecí en mi escritorio.

Mientras pensaba una excusa apropiada para presentarme ante ellos, Adolfo, sin proponérselo, resolvió mi intrínquilis: por el intercomunicador me preguntó si tenía algunos minutos disponibles, pues quería cambiar ideas sobre un proyecto que le interesaba a Irene.

Demoré todo lo que mi impaciencia me permitió. Encendí un cigarrillo y tomé un rollo de planos para aparecer con un estudiado aire profesional.

Nos saludamos con Irene, como si aquellos minutos del cóctel reciente hubieran bastado para acreditar una amistad cierta.

En estos tiempos en que nos toca vivir, esa forma de relacionarse es moneda corriente. Fue por estar consciente de ello que, frente a sus gestos afectuosos, no me dejé conducir a interpretaciones equívocas.

Adolfo, hombre de acción, interrumpió estas elucubraciones y me condujo al



punto en cuestión que quería consultar conmigo. Irene y su marido deseaban remodelar la casa de huéspedes de *La Cañada*, en Luján, y no sabían si hacerlo continuando con el estilo clásico del casco o embarcarse en algo más moderno y audaz. Esto último les creaba ciertas dudas, y temían generar un contraste demasiado marcado.

Un álbum con muchas fotos de la propiedad y del parque, que había llevado la dueña, mostraba los ángulos y perspectivas necesarios para ilustrarnos. De resultar esa información insuficiente, Irene, mujer previsora, había traído los planos originales de las plantas y, también, imágenes en video grabadas por una mano profesional.

Mientras las veíamos en el televisor, escuchábamos las acotaciones descriptivas de la dulce dama, quien, solícita, contestaba nuestras preguntas en un tono de voz bajo, armonioso y sensual. Adolfo y yo, quienes constituimos desde siempre el dúo más cotizado de adultos con fines comerciales, no escatimamos elogios sobre la casa, la arboleda, la disposición de la pileta, la cancha de tenis, ni sobre todo lo que se nos mostraba. Pero creo, sin temor a equivocarme que ese día quien más se esmeró en ese sentido fui yo.

El perfume de Irene había inundado la oficina y, el ir y venir de sus caderas señalando detalles en la pantalla, tenían alterados mis sentidos.

Al concluir la muestra, un impulso irrefrenable, hizo que decidiera tener protagonismo en ese asunto. Con rapidez me senté frente al tablero de dibujo y, a mano alzada, reproduje el boceto de lo existente en las imágenes vistas. Luego, sobre una lámina transparente superpuesta, fui marcando las líneas de un diseño moderno, pero que no sólo conservaba sino que exageraba los detalles más destacables de la casa principal. De esta manera, aunque el cambio de estilo resultaba inocultable,

la integración estética de las construcciones parecía quedar asegurada.

Irene se mostró más que satisfecha por lo que veía dibujarse en el papel y dejó caer, sobre mis expectativas, un sinnúmero de ponderaciones que las colmaron. Mientras aseguraba, con la alegría de una colegiala, que era exactamente la idea que había venido a buscar, apoyó sobre mi hombro una mano preciosa que me hizo estremecer.

Adolfo, sin advertir mi turbación, comprendió que lo prudente era callar y cederme sin más la conducción de ese negocio que impresionaba estar en buen camino.

Prometí hacerle llegar a la interesada los detalles de lo acordado y nos despedimos cruzándonos demostraciones de lo que parecía ser un afecto que se acrecentaba. Por lo menos era lo que yo experimentaba vivamente.

Fueron inocultables el empeño inusual y las horas que dediqué hasta conseguir, que, lo deseado fuera el mejor proyecto de mi vida. No bien me conformó, se lo envié acompañado de unas líneas que me ilusionaba le resultaran simpáticas y originales. Lograrlas me llevó varios intentos.

Unos días después, recibí la anhelada llamada de Irene, quien me adelantó que tanto a ella como a su marido estaban entusiasmados con la propuesta. Temí haberme precipitado cuando me escuché proponiéndole que nos encontráramos para discutir personalmente los detalles, pero no tuve tiempo de arrepentirme porque aceptó de inmediato.

Convinimos hacerlo al atardecer del día siguiente en una confitería de La Recoleta y mi corazón, algo olvidado de esas sensaciones nuevas, se alegró sobremanera.

Esa tarde demoré lo que nunca en arreglarme y en elegir la ropa apropiada. Por fin, ante mis dudas frente al espejo, no sé si ganó la conformidad o la resignación, pero allá marché.

Quince minutos antes de la hora fijada, estaba esperando con ansiedad a esa deliciosa mujer que había hecho surgir en mí nuevos olores.

Como para aumentar mi inquietud, Irene se atrasó otro tanto, y llegó sofocada y sintiéndose culpable, pero más preciosa que nunca. El tránsito de esa hora la había demorado, pero mi alegría por verla, ni consideró sus disculpas.

Pedimos un par de tragos y, mientras los apurábamos, logré que la conversación se deslizara hacia carriles ajenos a la arquitectura y tomara itinerarios más íntimos.

Irene se mostró franca y dispuesta a confiarme sus cosas personales, y lo hizo con sorprendente espontaneidad. Pareció hasta necesitada de hacerlo. Me contó fragmentos delicados de su vida: su pupilaje en un colegio de Francia; el suicidio de su padre envuelto en un escándalo de homosexualidad; y las distintas terapias en las que había buscado ayuda para socorrer las secuelas de una adolescencia injuriada.

Por fortuna habló poco de Miguel, su marido, a quien definió sólo como un hombre bueno y trabajador. Casados diez años atrás habían programado no tener hijos. Él ya los tenía de un matrimonio anterior con quienes Irene vivía una relación algo complicada y distante.

Preferí apartarla de los temas familiares porque escuchar detalles sobre su relación matrimonial se me hacía ingrato.

En ese primer encuentro puse lo mejor de mi arsenal de seducción, e Irene pareció sentirse cómoda y halagada con el interés que yo manifestaba por todo lo suyo.

Al advertir de golpe que el tiempo se nos había pasado volando, interrumpimos la conversación para dejar que Irene regresara a sus cosas.

Accedí a que me acercara en su auto. Al llegar a mi departamento palermitano, me propuso que programáramos una visita a

Luján para hacer una evaluación de todo lo necesario y, poder así, comenzar la obra.

Por fortuna obviamos hablar de dinero y se evitó, de ese modo, bastardear mi ilusión de aquel primer encuentro.

Fijamos nuestra ida para las tres de la tarde del día subsiguiente y al despedirnos, no pude reprimir abrazarla y apretar mi mejilla contra la suya. Irene respondió de igual modo a aquel mimo fugaz, pero algo atrevido. Me encantó que lo hiciera.

Tardé en dormirme fantaseando sobre lo que podría sobrevenir a partir de entonces. Creo haber tenido esa noche un sueño dulce y erótico.

De lo que no tengo dudas es que fue Irene quien, por la mañana, con un llamado telefónico, me devolvió a la vigilia. Con su voz insinuante me agradeció el buen momento pasado la noche anterior y que hubiera escuchado con tanto cariño y comprensión los asuntos que hacían a su intimidad.

Tenían sus palabras un tono de disculpa, tal como si ella hubiera abusado de mi generosidad. Si en realidad, era eso lo que pensaba, malinterpretaba la realidad de lo ocurrido la víspera, en la que sólo verla, había colmado mi complacencia.

Balbuocé que era yo quien debía agradecerle, pues me había distinguido haciéndome, sin más, su confidente. Agregué con cierta audacia que deseaba seguir jugando ese rol y que, para ello, le ofrecía la seguridad de mi discreción. Me contestó riendo que, siendo así, a partir de ese momento me nombraba su "confidente de cabecera". Antes de cortar me envió un beso que me pareció recibir.

Ese día, víspera de la ida a Luján, estuve caminando entre nubes, olvidando citas, traspapelando bocetos, desatendiendo entrevistas, y sin poder evitar mostrar la ansiedad que me consumía.

Por suerte, Adolfo, estuvo ausente del estudio, pues conociéndonos como nos



conocíamos, era capaz de descubrir mi nerviosismo y, con su probada sagacidad, arribar a conclusiones ciertas sobre lo que me estaba ocurriendo.

Elegí, para esa esperada tarde vestirme de sport y organizar mi maletín de forma tal de no olvidar nada de lo que podría resultar necesario. A pesar de que las fotos de la casa en cuestión sobreabundaban, decidí llevar mi propia cámara.

Un rato más tarde viajábamos con Irene rumbo a Luján en su auto importado.

Retomamos nuestra plática en el mismo tono intimista en que la habíamos interrumpido y ella completó parte de sus confidencias. Un novio francés, con el que había vivido un amor adolescente, la siguió hasta Buenos Aires. Irene recién entonces tuvo la seguridad de que se trataba de una relación dispensable, y sólo un paliativo para la soledad y el desarraigo. A pesar de aquel desaire, el hombre, que no aceptó a desaparecer de su vida, se amañaba para hacerle llegar noticias y propuestas de reencontros en distintos lugares del mundo.

Me encantó que me asegurara que no lo había vuelto a ver y que, tampoco, contestaba sus mensajes.

Los tratados sobre la celotipia, pensé, quizá pudieran explicar esa curiosa sensación, pero a mí, en ese momento, sólo me tocaba disfrutarla.

Esa tarde Irene resplandecía. Pude observarla con detenimiento mientras manejaba intentando esconderse en vano tras un par de anteojos oscuros. Una camisa de gamuza entreabierta permitía ver con generosidad el nacimiento de sus senos y el mentón erguido resaltaba la esbeltez de su cuello y el dibujo de su boca deseable.

Pareció aprovechar un breve silencio para iniciar una contraofensiva inquisitoria a base a requiebros solapados: que cómo se explicaba que alguien con mi prestigio profesional, mi distinción, mi físico, mi inteligencia y no sé qué otras cosas más, a su criterio evidentes, me hubiera escapado del matrimonio o de mantener una relación estable de pareja.

Con aparente inocencia, Irene denunció su curiosidad por mis cosas, dado que, hasta ese momento, yo nada había dicho sobre mi vida personal.

Me acometió la tentación de hacer más audaz el juego y le pregunté su parecer, casi contestándole con la misma pregunta.



Irene, con picardía, arriesgó que mi soledad quizá se debiera a cierta inmadurez, o a que no hubiera conocido aún a la persona indicada. Agregó, en tono burlón, que también era muy probable que mi egoísmo fuera la razón de ello.

Apartó por un instante su atención sobre la ruta, bajó los anteojos de sol, me acarició con la mirada y afirmó con un mohín, que sí, que le bastaba verme a los ojos para confirmar esto último: era yo decididamente egoísta.

Compartimos una risa sincera por el grajeo de la enunciación de sus supuestos, y la seguridad de su conclusión. Yo aproveché la circunstancia para tomarle la mano que apoyaba sobre el asiento. Me lo permitió sin remilgos, y nos mantuvimos así durante varios kilómetros, durante los que disfruté tocando su piel suave y recibiendo la respuesta firme de sus dedos. Intenté disimular el grado de excitación que me inundaba haciendo algunos comentarios risueños. No sé si lo conseguí.

Antes de lo que yo deseaba, estábamos abriendo la tranquera de *La Cañada*, y atravesando el camino arbolado que llevaba hasta el estupendo parque. Lamenté que el clima de intimidad que se había logrado en un prometedor crescendo, amenazara desvanecerse cuando, ya estacionados, debimos dejar el automóvil.

Irene, que pareció ajena a mi enternecimiento, me guió por los elegantes senderos que se extendían entre matas y arbustos de estupendas texturas y colores. Los verdes de las plantas de hojas perennes contrastaban con las ocres de las ya caídas en ese otoño, que alfombraban el césped. Grupos de sidónias japónicas multicolores, salpicaban distintos rincones del jardín, convertido en un vergel.

Desde diferentes distancias, Irene, me fue señalando, con llamativo sentido estético, los ángulos y los detalles que, a su criterio, eran los más destacables de la casa principal. Me dio placer darle mi aproba-

ción y, tras ello, comencé a tomar mis fotos. Cuando le propuse que se incluyera en alguna, aceptó de inmediato y se ofreció con desenfado en diferentes poses que la mostraban en todo su esplendor.

Me olvidé de las reformas y disparé la cámara sobre ella a discreción, haciendo tomas de esa mujer que había atrapado mi deseo. Eran en realidad las de Irene las únicas formas que quería capturar y no sólo en imágenes.

Visitamos luego la casa de huéspedes que nos convocaba, la que ciertamente y tal como había imaginado, era sólo un remedo casi cruel del magnífico casco.

Después de sumar coincidencias sobre lo que a la vista estaba, y de evaluar lo que podría ser conservable de lo existente, nos dirigimos hacia el caserón haciendo comentarios sobre los detalles del trabajo que teníamos por delante.

En un momento, Irene, con naturalidad, colgó su brazo del mío y yo olvidé todo lo que tenía por decir. Algo tartamudeé sobre interponer un elemento entre las construcciones, creo que dije una pérgola, lo cual me sonó como una perfecta estupidez.

La casa era por dentro tan importante como su exterior. Ambientes amplios decorados con excelente gusto, todos en estilos diferentes, pero manteniendo la gracia y la armonía adecuadas. Un mobiliario exclusivo, pocos cuadros expuestos con originalidad y una colección de platería rioplatense se exhibían en la recepción.

Cuando nos acomodamos en la sala, luego de encender un cigarrillo, comencé a tomar algunas notas en mi cuaderno de apuntes, como para justificar, con esa formalidad, nuestra presencia allí. Irene, mientras tanto, desapareció en la cocina de la que regresó trayendo un termo con café humeante, dos copas y una botella de coñac. Sirvió las bebidas con pericia e hizo sonar una grabación de música brasilera.



Después se arrellanó como una gata silenciosa sobre los almohadones muelles del sillón que compartíamos. Me pareció adivinar un brillo especial en los ojos pardos que me miraban.

Su lenguaje corporal y su actitud eran por demás elocuentes. Esperé el coraje que me daría la copa y, azuzado por esta mi anhelo, la tomé por los hombros con suavidad y atrayéndola hacia mí, probé sus labios y el dulce pececillo de su lengua.

Irene se dejó besar una y otra vez. Sentí como, mientras sus brazos me iban envolviendo, sus manos hundidas en mi pelo, presionaban para asegurar el encuentro de nuestras bocas.

La lascivia fue dictando cada uno de mis movimientos. Desabotoné lentamente su camisa y liberé sus pechos de la prisión del corpiño, que se me ofrecieron como frutos tibios. Sobre ellos deslicé mi boca ávida por saborearlos. Al sentir mis caricias, Irene respondió con un gemido continuo, trémulo, hasta que semidesnuda, se puso de pie y tomándome de la mano me condujo hasta su dormitorio.

Allí, sobre la cama, abandonó su pasividad inicial y comenzó a desvestirme con lentitud, mientras dejaba caer un beso húmedo en cada centímetro de piel que iba desnudando. Finalmente fuimos un solo deseo, un solo cuerpo, un solo aliento, un solo ritmo, un solo ruego que nos condujeron a un sublime y reiterado final.

Luego, mientras tratábamos de prolongar esos instantes de gozo incomparable, regalándonos caricias mutuas, nos confiamos el nacimiento simultáneo de nuestra atracción en aquel primer encuentro.

Me halagó que confesara haber retomado el viejo proyecto de la remodelación sólo como una excusa para visitar el estudio, y volver a verme. La estreché en un abrazo que pareció interminable y le dije muchas cosas al oído. Luego me quedé aspirando el aroma que emanaba de su desnudez,

mientras exploraba con mis manos, cada uno de los rincones de su cuerpo todavía trémulo.

Desde aquella tarde primera, la casa de Luján se convirtió en nuestro perfecto refugio. Disfrutábamos allí, en la seguridad de ese retiro, de intensísimas horas de amor.

Un par de fines de semana, en los que su marido debió viajar por razones de negocios, fueron horas sublimes en las que compartimos el sueño dulce que sobreviene a la fatiga de la pasión.

La iniciación de la reforma era sistemáticamente postergada debido a las excusas que yo hacía verosímiles. Siempre quedaba algún detalle que requería una nueva visita a *La Cañada*: una cita con un misterioso constructor; hacer controlar –por técnicos inexistentes– el estado del cableado subterráneo o del riego por aspersión, y así, otras muchas patrañas creíbles.

Gracias a la reiteración de esos momentos robados, la pasión, que compartíamos con Irene fue en aumento y, nuestras entregas, se hicieron cada vez más frecuentes y más plenas. El grado de erotismo, al que nos habíamos lanzado desde aquel primer día, se convirtió en un espiral ascendente que parecía no encontrar su límite. Era la competencia entre dos imaginaciones puestas sólo a idear formas sutiles de dar y recibir placer. La piel nos ardía.

Esa exaltación mutua, que no aceptaba esperas, hacía que compartiéramos todos y cada uno de nuestros momentos libres. También Irene mostró ser insuperable inventando excusas que le permitían verme casi a diario en el estudio. Las citas en mi departamento nos estaban vedadas, por la ingrata coincidencia de que, en el mismo edificio, vivían unos amigos de Miguel.

Disfrutábamos, por cierto, de estratégicos encuentros en restaurantes de barrios aledaños y, alguna vez, cuando nuestro día de visita a *La Cañada* nos dolía por dema-

siado lejano, desaparecíamos en algún discreto hotel alojamiento para consolar con ahínco nuestra nostalgia.

Pero, al fin, el amor en su plenitud, el que todo lo entrega y todo lo reclama, llegó con su tremenda potencia y se apoderó de nuestras voluntades. La necesidad recíproca de pertenecernos creció como una pleamar incontenible hasta desbordarnos el alma.

Una tarde Irene, abrazada a mí, me confió entre caricias su asombro por estar disfrutando de un amor que nunca había supuesto viviría, tan diferente como intenso, y al cual segura estaba, ya nunca renunciaría.

Para entonces, ella, se había convertido en la respuesta a mis interrogantes y en el complemento de lo que conformaba mi vida. Mi felicidad se había corporizado en Irene y tenía la seguridad de que, ahora, con ella, todo lo que siempre había soñado se haría posible. No quedaban dudas: nos amábamos con dilección.

Era tal mi dicha que, por momentos, tenía la sensación de estar abusando de la prodigalidad del destino.

Si bien vivíamos la inquietud por el futuro, que se mostraba al tiempo deseado y temido, y sabíamos que en algún momento nuestro secreto se develaría, habíamos decidido seguir saboreándolo con fruición en hacer proyectos.

Me inquietaba, sí, que Irene tomara riesgos excesivos sin importarle las consecuencias. Consciente de eso, era yo, contra mis propios deseos, quien intentaba poner prudencia y freno a los arrebatos de mi enamorada.

Mi corazón y mi propósito habían decidido protegerla de cualquier precipitación, pues era ella quien tenía más por perder. Sabía que, llegada esa instancia, tanto el enclenque matrimonio que arrastraba, como el escenario social donde se movía, estallarían a un tiempo. Una vez ocurrido eso, aquello no tendría más retorno.

Una mañana, al volver de un tedioso almuerzo con el polista mejicano, Adolfo me esperaba para contarme de los llamados reiterados de Irene. Quería anticiparme que estaba con su marido a minutos del estudio, pues necesitaban tener una reunión conmigo. Quedé sin saber que decir.

Adolfo, demorado por mi causa, salió presuroso para verse con un constructor, y me quedé a solas con mi perplejidad.

Intenté recuperar la calma. Con un cigarrillo en la mano, me derrumbé frente a la computadora, aunque ésta estaba tan apagada como mi estado de ánimo.

Me inquietaba sobremanera, como era comprensible, desconocer el motivo de la inesperada visita. Irene nada me había advertido, de modo que, detrás de ésta, bien podía ocultarse la intención de su marido de confrontarnos. Algo o alguien podría haberlo alertado sobre lo nuestro sin yo enterarme.

Tal vez había llegado el momento tan temido como deseado de desnudar nuestra verdad, y bien sabíamos que eso formaba parte de las reglas del juego.

Acepté con realismo la impotencia de no poder modificar lo que ya estaba en curso y me dispuse a enfrentar con coraje la situación, por muy violenta que ésta se planteara.

Casi de inmediato, la voz de mi secretaria me anunció que ya habían llegado. Un escalofrío me recorrió la espalda. Le indiqué que les ofreciera tomar un café, mientras me esperaban unos minutos, los que yo necesitaba para recuperar la compostura para recuperar mi compostura.

El espejo del baño, que denunció mi palidez, me ayudó también a mejorar mi aspecto que se me hacía desastroso: retoqué el rouge de mis labios y la sombra de los ojos; me arreglé el pelo, y sin olvidar un rociado del perfume francés, regalo reciente de Irene, abrí la puerta intentando mostrarme natural y aplomada. ■



## TRECE Y MARTES

Loly  
FERNÁNDEZ

Más que nunca trece y martes,  
y mis tiestos en barbecho  
aún de siempre vivas laten  
en silencio.

## TERNO

Tic, tac  
Imperturbable  
Efímero  
Maniático  
Paréntesis  
Obsesivo

Mental  
Azote  
Sonoro

Tic, tac  
Inexpugnable  
Esférico  
Medido  
Péndulo  
Obstinado.

Las manos  
cubriendo el rostro  
la frente  
contra el muro  
el muro  
junto al río  
las manos  
cubriendo el rostro.  
El río  
en sus dulces brazos  
se lleva  
al pequeño mar.

Como la campesina  
en el verano  
llena su cesta  
de cereales,  
así, en el devenir  
de las estaciones,  
colmaré yo  
de amor  
la dulce medida  
de mi amor.

Es el viento,  
que se apropia  
de las cualidades  
que la naturaleza  
otorga a los fantasmas.  
Es el viento  
lo que se oye.

Acaso  
la lombriz, el topo, la hormiga,  
cuando miran el cielo  
azul  
y respiran un soplo de aire  
libre  
también piensen  
qué error.  
Qué gran error.

Si logro romper los lazos  
saltar el muro  
atravesar el foso  
derribar las murallas,  
al otro lado  
¿qué hallaré?  
¿a quién encontraré?

En estas aguas  
no tocarán mis dedos  
los peces.  
En estas aguas turbias  
no llegarán mis dedos  
a tocar los peces.

Era tan pequeño  
que no precisaba sudario.  
Cuando mi pobre amor murió  
lo envolví en el silencio.



# POSEIDÓN

| JOSÉ M<sup>A</sup>  
| IZARRA

■ Todos los días, a la misma hora, el niño Jonás se dirigía a aquella fuente que fluía en el parque, a ras de suelo. Se descabalgaba la mochila, sacaba un libro, lo abría por la página marcada por el señalador y lo volvía del revés. Se ponía en cuclillas, y así permanecía por espacio de media hora, pasando hoja con intervalos de dos minutos aproximadamente.

El primero que lo observó fue un compañero de clase. Éste se lo chivó al profesor de Educación para la Ciudadanía, el cual, a su vez, se lo dijo al tutor; el tutor, al jefe de estudios; y éste, al director, que llamó a los padres del niño. Los recibió en su gabinete y, delante de ellos, sometió al infante a un brevísimo cuestionario:

–¿Qué haces todos los días, durante el recreo, en esa fuente?

–Hago de atril inteligente a un pececillo amigo, para que pueda leer.

–¿Un pez que sabe leer? ¿Y qué lee?

–Sabe leer, y ahora está leyendo *Moby Dick*.

El director hizo una seña a los padres, para quedarse a solas con ellos. Les sugirió que lo llevaran a un especialista.

–¿A un mecánico? –interrumpió Abel, el padre, dejando entrever el enfado que lo embargaba.

La madre, Pilar, lo amonestó dándole una patadita por debajo de la mesa, a la vez que entraba en la conversación:

–¿A un psiquiatra, quiere decir?

–En principio, sí –concedió el director–. Él nos dirá si le conviene más un psicólogo,

o si habrá de acudir a éste de manera complementaria. En cualquier caso, voy a llamar de nuevo al niño, y a contarle lo que hemos decidido. ¿Consienten?

–Será para contarle lo que ha decidido usted –repuso el padre.

De nuevo la mujer le atizó una patadita.

–De acuerdo –dijo a continuación.

Salió el director y, en seguida, regresó con el niño, al que conducía por el hombro con una mano delicada.

–¡Bueno, bueno, bueno! Vamos a ver, hombrecito. Tus padres y yo tenemos que decirte una cosa.

–¿Qué cosa? –preguntó el niño, maliciándose para sus adentros de que se trataba de algo relacionado con el pez.

– No es nada malo, ¿eh? No vayas a creer –se apresuró a elucidar el director.

–Verás –intercedió la madre–, tu comportamiento, que no es diabólico ni mucho menos (estamos muy orgullosos de ti), nos ha llevado a pensar que tal vez padezcas algún tipo de disfunción cognoscitiva, razón por la cual te vamos a llevar a un especialista.

–¿Cognosciqué? ¡Jo, mamá! A veces te pones de un importante, que da repelús. ¡Y luego me dices a mí que suelto tacos!

–Bien, pues no hay nada más que hablar –atajó el director–. Mañana –exhortando al niño– tienes una cita con el mejor psiquiatra de la ciudad, en su consulta. Y, por supuesto –le revolvió el pelo con la mano–, mañana no hay cole para ti.



Se despidieron muy cortésmente. No obstante, Abel hizo un último comentario:

—¿A mí también me van a concertar una cita con el loquero? Lo digo porque, en los viajes largos, a veces me da por hablar con el camión con el que me gano el sustento.

Al día siguiente, a la hora acordada, el trío familiar aguardaba expectante en la sala de espera de la consulta del psiquiatra. Don Segismundo, que así se llamaba el alienista, mandó pasar primero a los adultos, para que le pusieran en antecedentes. Los entrevistó por espacio de diez minutos, poco más o menos. Luego les hizo salir, e invitó a entrar al niño.

—Te llamas Jonás, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó el niño.

—¿Y tu pez, cómo se llama tu pez?

—No es mi pez, es mi amigo. Y se llama Poseidón.

—¿Poseidón? ¿Y eso?

—Y yo qué sé. Usted me pregunta cómo me llamo, y yo le digo que Jonás. Pues ídem de ídem: yo pregunto a mi amigo cómo se llama, y me dice que Poseidón.

—¡Ah! —Permaneció callado durante unos instantes. Luego, continuó con el interrogatorio—: ¿Y entonces ese pez habla? ¿Y cómo tiene la voz?

—Habla. Y tiene una voz gutural. Así: gugugu...

—¿Y lo entiendes?

—Pues igual que puede entenderse el inglés.

—¿Lo hablas además?

—Lo entiendo... y voy hablándolo poco a poco... porque sí, ya que le entiendo en su lengua, y él me entiende en la mía.

—¡Ah! Y lee, según tengo entendido. ¿Cierto?

—Sí, señor.

—Y tú le sirves de atril con manos: te pones en cuclillas al lado de la fuente, sitúas el libro del revés, y vas pasando las páginas a indicación suya. ¿Me equivoco?

—No, señor. Así es.

—¿Y qué más cosas haces con el pez: juegos, le cuentas tus aventuras...?

—Sí. Y lo llevo de excursión, preferiblemente en días lluviosos. El año pasado lo paseé por la feria del libro.

—¿Y dónde y cómo lo transportas? ¿En el bolsillo?

—En una pecera.

—¡Ah! —fingió admiración. Y, sin más dilaciones, lo intimó para que siguiera con el relato—: Bueno, continúa con lo de la feria.

—Sí. Pues en la feria se lo pasó chupi. Se entretuvo especialmente en la caseta destinada a la firma de autores. Allí se quedó mirando fijamente a tres de ellos, muy lánguidos, que contemplaban cómo llovía. Se interesó por sus obras: *Lugares comunes*, *asuntos propios*, *El bien que se desea* y *La risa como lamento, el amor como distancia*. No pude comprarlos porque no llevaba dinero, y no me los pudieron regalar cuando les pregunté que si no daban alguno de propaganda porque me aseguraron que los expuestos no eran de su propiedad. Algún día me haré con ellos.

—Todo eso está muy bien. Pero resulta que a ese pez nadie lo ha visto..., excepto tú, claro.

—Puede ser. Según me ha confesado, sólo se deja ver de mí. No confía en nadie más.

—Ya. Pero, si tengo que hacer caso de los informes emitidos por las personas enten-



didadas en la materia, en esa fuente no puede vivir ningún pez. El agua está tan clorada, que se abrasarían. ¿No te lo estarás imaginando todo?

Jonás agachó la cabeza e hizo un puchero. El doctor insistió en la misma pregunta, y el niño esta vez se encogió levemente de hombros.

–No te preocupes, chaval –intentó reconciliarse el médico, haciéndole un visaje por delante de los ojos con la palma de la mano–. Anda, sal un momento –le conminó acto seguido–, y díles a tus papás que entren. Hasta pronto, muchacho. –Breve pausa–. A todo esto, ¿hemos quedado en que te llamas Jonás, no es así?

–Sí, señor.

–Muy apropiado, muy apropiado –manifestó entre dientes al tiempo que esbozaba una risita.

Salió el muchacho, y entraron sus progenitores.

–Buenos días.

–Buenos días. Tomen asiento, por favor.

–¿Qué opina usted, doctor? –le espetó la madre.

–Voy a serles sincero... y crudo. Estas cosas, cuanto antes se pongan de mani-fiesto, mucho mejor. El niño es oligofrénico, no me cabe duda.

–¿Cómoo? –saltó el padre como un resorte.

–Oligofrénico –repitió el doctor–; esto es, de escasa perspicacia.

–¡Vaya, hombre! Y a mí que me parecía espabilado –replicó el padre–. Por cierto, lo mismo que usted. De donde debo concluir que también usted es *oligolista*...

No pudo continuar, porque el dolor que sintió en la espinilla le cortó el habla.

–¡Cállate! –le ordenó su mujer. Y luego se dirigió al facultativo?:

–Discúlpele, es un botarate –lo justificó de esa forma tan cariñosa. Pasando al asunto que le interesaba, añadió seguidamente–: Comprenderá usted que para una madre no es fácil aceptar el diagnóstico que acaba de formular, pero, en fin..., seamos prácticos: ¿qué se puede hacer?



-Con urgencia, tapar la fuente y matar al pez. Tengo mucha confianza en tales medidas, y pienso que no será necesario recurrir a la farmacopea. Si acaso, a un par de sesiones con un psicólogo.

-Para que le coma el poco juicio que, según usted, tiene, ¿verdad, señor doctor?

-ironizó Abel, lo que le valió otra patada en la espinilla.

-¡Cállate, idiota! -lo insultó ella sin tapujos, y en esta ocasión le dio un codazo.

-¡Paz, señores, paz! -contemporizó el psiquiatra. Y prosiguió en otro tono-: Voy a elaborar un informe para que lo presenten en el ayuntamiento. No creo que tengan inconveniente en cegar la fuente del parque. Total, carece de encanto. Además, plantan encima un pedestal con el busto de algún personaje local egregio, y como Dios. En fin, háganme el favor de salir un momento, y que pase el niño. Tengo que sondearle un poco más.

Salieron los padres, y detrás de ellos, acompañándolos, el galeno, que requirió a la criatura:

-Jonás, entra conmigo un momento.

-Sí, señor.

Pasaron al despacho. El doctor invitó a Jonás a sentarse. Luego, se arrellenó en su sillón y empezó a interrogarlo:

-¿Tú qué harías si te enteraras de que esa fuente donde vive tu amigo Poseidón va a desaparecer?

-Trasplantaría a Poseidón a otra fuente, o lo llevaría al río.

-Ya. ¿Y si alguien pescara a Poseidón?

-Poseidón es como Moby Dick. Nadie podrá agarrarlo nunca, y, además, ¡pobre de aquél que lo intente!

-¿Por qué dices eso?

-Usted no ha leído Moby Dick, ¿verdad?

-Niño..., no seas impertinente.

Se levantó de su butaca, y le hizo una seña para que saliese. Detrás, fue él, y ya en la salita de espera, entregó un sobre a la madre. Dio la mano a toda la familia y se metió en su guarida, no sin antes enunciar, guiñando un ojo (también a la madre), la siguiente recomendación:





–Cuando inicie el tratamiento, me informa. Quedo a su disposición.

–Hasta luego, y gracias –se despidió, melosa, Pilar.

–¡Adiósos! –empingorotó la fórmula de cortesía con mucho retintín el padre.

Exactamente ese día, Pilar se presentó en las oficinas del periódico de la provincia y en los estudios de la televisión local, sabedora de que, implicando a los *mass media*, se le allanaría rápidamente el camino para ser recibida por el señor alcalde.

La estrategia resultó efectiva. Al otro día, el regidor le besaba castamente los pómulos; y al otro, la brigada de obras del ayuntamiento procedía a tapar la fuente de marras. Paralelamente, en los medios de comunicación ciudadanos se anunciaba por boca del primer edil la futura erección en ese enclave de un monumento a un solista de pito recientemente fallecido (en bronce y sin humedades, por las trazas de la somera explicación que remataba la noticia).

Por la tarde, a la hora de la merienda, Pilar sorprendió a su hijo devorando las hojas de un libro entre bocado y bocado a la rebanada de pan con Nocilla. Le pegó un vuelco el corazón e, inmediatamente, se puso en contacto telefónico con el psiquiatra.

–¿Don Segismundo? ¿Es usted?

–Dígame.

–Soy doña Pilar. No sé si recordará que, hace tres días, estuve en su consulta con mi hijo porque...

–No hace falta que siga. Me acuerdo perfectamente. ¿Qué tal?

–Pues que ya no hay fuente, pero acabo de sorprender a Jonás comiéndose las hojas de un libro.

–Pregúntele que dónde está el pez.

Poniendo la mano en el micrófono para que no se escuchara al otro lado de la línea, llamó a Jonás:

–¡Jonás! Ven aquí.

–¿Sí, mamá?

–¿Dónde está el pez?

–Poseidón nada ahora libremente por mis venas.

–¿Cómooo?

–Me figuraba lo que ibais a hacer, así que, el mismo día que me llevasteis al especialista, me fui a la fuente y me tragué a Poseidón, y luego él se las ha arreglado para, desde mi estómago, irrumpir en mi torrente sanguíneo. Está la mar de contento, y yo... imagínate, mamá.

Llamó su atención esa forma de expresarse... ¿Y su hijo era oligofrénico? Quitando la mano del aparato, reanudó la conversación interrumpida, lacrimógenamente:

–Don Segismundo, que dice que se lo ha tragado y que ahora vive feliz en sus venas.

–Pregúntele que por qué se come los libros, que si para alimentar al pez.

La madre transmitió la pregunta a su vástago, y éste contestó:

–Me como los libros para que Poseidón lea: mediante el proceso digestivo, la pasta de papel impreso se transforma en rojo sobre blanco, hematíes sobre leucocitos, de fácil lectura para un pez avezado en la interpretación de sistemas de comunicación codificados.

La madre se lo trasladó al psiquiatra, y éste arguyó:

–Aunque le duela, doña Pilar, me afirmo y ratifico en mi diagnóstico: Jonás es oligofrénico. En cualquier caso –agregó en seguida–, las circunstancias han variado

notablemente, y lo que urge en este momento es que lo vea un hematólogo.

–¿Y me puede recomendar usted alguno?

–Sí, hombre, sí. Va a ir usted de mi parte al doctor Pescador. Mañana mismo, mejor temprano, sobre las nueve, nueve y media. Dentro de un ratito lo llamo para que no le pille de sorpresa.

–Gracias, don Segismundo, muchas gracias.

–De nada, mujer. Para eso estamos.

Colgaron los auriculares respectivos.

Viernes. La familia del niño del pez llamaba a la puerta de la consulta privada del doctor Pescador a las nueve en punto.

–Buenos días –les franqueó la puerta una señorita espigada, de muy buen ver pese a tener cara de haber dormido con el jefe.

–Buenos días, señorita –habló Pilar en nombre de todos–. Venimos de parte de don Segismundo.

El doctor Pescador, después de hablar largo y tendido con los visitantes, manifestó que lo más apremiante era realizar una angiografía al niño, para tratar de localizar al pez.

–¿Y eso es seguro? –inquirió el padre.

–Es algo inocuo. Para que nos entendamos: se trata de una radiografía de las arterias.

–¿Y en el caso de que logre localizar al pez? –quiso saber Pilar.

El hematólogo hizo un gesto al padre para que saliera fuera con el niño. Una vez se quedó a solas con la mujer, se dispuso a responderle:

–Si localizamos al pez, cabe actuar de dos maneras: una, introducir en el sistema arterial y venoso del niño un escualo en miniatura para que busque al pez y dé

buen cuenta de él; dos, hacer un cateterismo, utilizando como avanzadilla un *nanoarpón* para, cuando se ponga a tiro, pinchar al pez. Posibles contrariedades: en el primer caso, que el tiburoncillo se aficione a la sangre más de lo que le marca su propia naturaleza y se niegue a salir por el orificio practicado al efecto, y de esta suerte habríamos permutado un problema por otro quizá más grave; en el segundo, que servidor yerre en el disparo, con lo cual el arpón perforaría la arteria y se produciría una hemorragia de muy difícil control. Pero, claro, si no actuamos (ya he hablado con el doctor Segismundo al respecto), el pez acabará apoderándose mentalmente del niño, convirtiéndolo en un monstruo, así que, sinceramente se lo digo, a mi modo de ver, hay que asumir riesgos.

–No sé qué decirle –musitó Pilar.

–Vayan pensándolo. De todos modos, no deberíamos adelantarnos a los acontecimientos. Antes de nada, hay que realizar la angiografía. –Se puso unas gafas de présbita que tenía encima de la mesa y abrió la agenda por el separador. Después de leer durante unos instantes, añadió–: Le puedo dar cita para el próximo lunes.

–Sea –dijo la mujer.

–¿A las ocho y media? Así Jonás no pierde las clases.

–Sea –dijo, e hizo amago de marcharse.

–En ayunas –le advirtió, al tiempo que le tendía la mano–. Me disculparé que no la acompañe. Tengo mucha tarea. Despídame de su esposo y del niño.

Llevaron a Jonás al colegio. Camino de casa, Pilar puso a su marido al corriente de todo.

–No me fío, Pilar, no me fío –dijo Abel, meneando la cabeza.



Se despidió de su esposa muy cerca del portal, y se fue a la agencia, a ver si tenían algún viaje para él.

El lunes, a las ocho y cuarto de la mañana, todos los miembros de la unidad familiar estaban como clavos en la consulta del hematólogo. A las ocho y media en punto, el doctor empezó con la prueba. A las nueve menos cuarto, después de despachar a Jonás con la enfermera, salió a buscar a los padres:

–El pez está ahí –dijo sentencioso. Y prosiguió–: Vengan, vengan conmigo: se lo voy a mostrar.

En una pantalla se proyectaba lo que identificó como una imagen arterial aumentada cien veces.

–Ven –les señaló con un puntero.

–¡Pero si ése es Nemo! –exclamó Abel.

–¡Idiota! –le increpó Pilar, empujándole con las dos manos.

El doctor Pescador sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza. ¡Cómo podía haberlo descubierto aquel hombre! Había superpuesto, a la imagen de la arteria, la del pececillo de la famosa película y, dado su color naranja, para que no se solapara con el del flujo sanguíneo, lo había sombreado en azul. No podía dejar que fuera otro quien hallara al pez y se llevara toda la gloria.

–Nemo era de un color muy distinto –objetó el doctor Pescador, pero sí, sí que se da una aire. Y, efectivamente, asimismo es un pez payaso. –Hizo un pequeño inciso–. En fin, para no demorar más este asunto, convendría que me indicaran cuanto antes por cuál de las dos terapias de que les hablé el pasado viernes se decantan, y así podríamos fijar ya la fecha de la intervención.

–¿Ha dicho terapias? ¡A mí me parecen experimentos del doctor Bacterio! –ironizó Abel.

La patada que le propinó su mujer le hizo auflar durante un rato.

–El cateterismo, doctor; optamos por el cateterismo –señaló Pilar con premura. –Y agregó, tras darse un mínimo respiro–: Y la fecha, cuanto antes.

–Está visto que mi opinión no cuenta para nada –refunfuñó el marido, que se levantó de la silla y salió dando un portazo.

–¡Mejor! –observó Pilar. Y luego, mirando fijamente al doctor, le hizo la siguiente propuesta–: ¿Qué le parece el jueves de la próxima semana? Ese día tienen fiesta en el colegio.

El doctor Pescador se puso las antiparras de présbita, abrió la agenda por el señalador y permaneció leyendo entre dientes por unos instantes.

–Perfectamente. Tomo nota –sancionó.

Y actuó en consecuencia.

–¡Ah, se me olvidaba! –profirió. Y, colocando su mano encima de la de Pilar, empezó a explicarse–: Es mi obligación moral y profesional poner este hallazgo en conocimiento del colegio de médicos y de los medios de comunicación. A éstos los voy a convocar en mi consulta mañana, a las once, para darles todos los detalles. A propósito, no estaría de más que se pasase por aquí para que también usted respondiera a alguna de sus preguntas.

–¿Es absolutamente necesario?

–No; aconsejable nada más, ya le he dicho.

–Bueno, pues aquí estaré.

Abel acabó de enterarse de todo el lío viendo el telediario, mientras comía en un restaurante de carretera.



–¡Hijos de puta! Conque el jueves –protestó.

Durante aquel viaje estuvo todo el tiempo dándole vueltas al “asunto del pez de los cojones”. Su mujer y aquel Pescador se iban a cargar a Jonás, estaba claro. Y algo habría que hacer.

A su regreso, nada más bajarse del camión (eran las cuatro y media de la tarde), se encaminó hacia el colegio. Llamó a su mujer para decirle que no se preocupara por Jonás, que ya se encargaba él de recogerlo. Estuvo esperando en el patio hasta que salió. Jonás, al verlo, corrió a echarse en sus brazos. Cuando se despegó, el padre le dijo:

–Tú y yo tenemos que hablar.

–Yo también tengo una cosa que decirte  
–le espetó el niño, ansioso.

–¿Qué te parece si vamos a una pastelería y allí, sentados, en tanto meriendas, me cuentas todo lo que tengas que referirme?

El niño pegó un salto de gozo y, simultáneamente, un grito de júbilo:

–¡Yupi!

Ya en la pastelería, Abel pidió a su hijo, entretenido en untar un inmenso buñuelo en un tazón de leche con Cola-Cao, que desembuchara sin recelos. Y Jonás empezó a hablar:

–Papá, tengo miedo. Por el pez. Lo quieren pescar a toda costa. No sé por qué le tienen manía. –Hizo una pausa–. Papá, no me riñas, pero he pensado escaparme de casa.

–Nos vamos a ir los dos. –Le acarició la nuca y sacó del bolso del anorak un ejemplar de *Mis amigas las truchas*–. Toma  
–le hizo entrega del libro–, para que meriende Poseidón. –Después, retomando el asunto principal de la conversación,

apuntó–: Hoy es miércoles. Éste no, el próximo jueves es el día en que tu madre y ese medicucho asesino han quedado para pescar en tus arterias. Pues bien, vete aviando lo más necesario (ya sabes, cepillo de dientes, mudas, ropa de abrigo...) y lo metes en la mochila. El sábado nos piramos al monte como dos *boy scouts*. Ya me encargaré yo de convencer a tu madre.

La persuadió y se fugaron.

Pilar empezó a impacientarse el domingo a mediodía. Su esposo le había jurado que regresarían para la hora del almuerzo. Lo llamó al móvil, pero siempre le salía la cantilena de que el teléfono al que estaba llamando se encontraba apagado o fuera de cobertura. Lo intentó durante tres o cuatro horas. A las siete ya no aguantó más. Marcó el número de la policía y les expuso lo sucedido. Le insinuaron que tuviera paciencia y que permaneciera atenta al teléfono.

Se sentó delante del ordenador. Se conectó a Internet. Pinchó el acceso directo de Outlook. ¡Sorpresa! Había recibido un correo enviado desde la cuenta de su marido. Rezaba lo siguiente: “Mamá, si cambias de opinión, háznoslo saber.”

De inmediato, se presentó en el juzgado de guardia toda alborotada. Denunció a su marido por secuestro. Y desde las dependencias del propio juzgado, contactó telefónicamente con los facultativos Segismundo y Pescador e, inspirada por ellos, con todos los medios de comunicación. Esa misma noche, la televisión se hizo eco del suceso. A los tres días, la presión mediática obligó a las autoridades a movilizar a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. El mismo jueves en que estaba señalada la intervención dieron con los fugitivos en un balneario



abandonado. Habían ido a parar allí por ambientar a Poseidón y, en el caso de que decidiese salir, para que estuviera en sitio seguro. Al parecer, levantaron las sospechas de un vigilante forestal, que alertó a la Guardia Civil. No ofrecieron ninguna resistencia, aunque al niño tuvieron que arrancarlo de los pantalones de su padre, a los que se había aferrado como una lapa. En el suelo quedo una mochila abierta en la que asomaban cinco o seis libros. Entre ellos, *El niño con el pijama de rayas*, al que faltaban varias hojas (arrancadas con desgana, a juzgar por el rasgado; un libro mal comido, sin duda). Cuando lo esposaron, Abel murmuró una frase misteriosa: “Por lo visto, se ha hecho

el bien, y yo soy el malo.” Fue conducido al cuartel del benemérito instituto, y el niño, evacuado en helicóptero hasta el hospital. Fotógrafos y cámaras de televisión aguardaban tirados en los jardines de la entrada. El doctor Pescador velaba anhelante sus armas en el quirófano. Persiguiendo el reconocimiento profesional y social, iba a cometer un crimen. Pero eso sólo lo sabía él. Un crimen enmascarado. El padre lo había intuido, mas nada había podido hacer contra la locura colectiva. Seguramente lo habían barruntado muchos otros; sin embargo, habían optado por una mudez cómplice. El mundo funcionaba así. Para beneficio de los hipócritas. ■

## EL MÉTODO

MANUEL  
CATALINA

Debemos empezar  
por reducir las dosis más fuertes;  
el sexo y ese placer horroroso  
producido por las muertes ajenas.

Poco a poco  
vaya quedando mal con las amistades,  
no responda a sus llamadas,  
olvide sus apellidos.

Evite visitar a su madre,  
ignore a sus hijos  
y el compromiso con su esposa.  
Céntrese en un buen coche en su lugar,  
cambie el alcohol por el deporte,  
no lea a Dostoievski  
y deje de soñar con algo mejor:  
No sería mejor, sólo diferente.

Y al llegar la innombrable  
nadie tendrá ningún reparo  
en que usted se marche, y  
para cuando regrese  
—no se preocupe—  
le reservaremos un cuerpo nuevo  
para que vuelva usted a aplicarse.



# EL ALMA ENAMORADA

TRES POEMAS DE AMOR | JOSÉ LUIS  
GARCÍA PASCUAL

1

## PALABRAS

¡Mis labios se han dormido  
en silencios que matan,  
y las palabras son camino de tierra  
donde muere la luna cada noche!

Planté en la playa  
un árbol sin ramas,  
que el gorrión  
de mis tardes sin esquinas  
cubrió de olvidos;  
por eso, cuando te miro,  
mi mar se hace camino  
de esperanza.

En las playas de los mares  
un día compartidos,  
encontré los besos de sangre,  
que una tarde me robaste,  
envueltos en espuma de nieve.

Si volvieras al mar,  
yo sería silencio de la playa.  
Si fueras arena,  
el mar lo dejaría en tus huellas  
para que se hiciese  
aurora del recuerdo  
cuando la noche  
esconda su pálido ojo  
entre las dunas,  
para no verte  
desnuda con las olas.

¡Mis labios se han dormido  
en silencios que matan,  
y las palabras son camino de tierra  
donde muere la luna cada noche!



2

AZUL

Quise hacer castillos  
en arenas de nieve,  
y descubrí enterradas letanías  
en surcos de tinieblas.  
Pasó fugaz mi estrella  
perfumada de otoño,  
y el alma enamorada,  
estallando de luna,  
navegó en el cielo  
del ocaso perdido.  
Fueron viento las penas.  
El corazón papeles.  
Luceros ciegos  
los ojos que te miran,  
y mueren junto al lado  
del desamor fingido.  
Sin embargo,  
envueltos en el crepúsculo.  
guardé los versos rotos  
que me escupiste un día.

3

MELANCOLÍA

Cuando suena el reloj,  
la tarde se tiñe  
de gris melancolía.  
Te paseo en silencio,  
y el tiempo me transporta,  
como una hoja mecida  
por la brisa,  
a otras tardes  
de tiempos ya vividos.

La sensación renace  
a la tibia calma  
de aquella soledad,  
y otra vez,  
meciéndote al viento,  
por la vereda bajas.

Tú me sonríes.  
El mundo se detiene.  
Y un adiós,  
cual mensaje de amor  
a la dama lejana,  
saliendo de mis labios  
en mi mano dibujo.

Suena el reloj  
otra vez ahuyentando el recuerdo.  
Y otra vez,  
sin dirección, sin rumbo,  
en la noche me pierdo.



TRES POEMAS.  
PAISAJES DEL ALMA

BURGOS, 8 de JUNIO de 2008 | JOSÉ  
MATESANZ DEL BARRIO



EN OLMEDO, OTRO CABALLERO ES POSIBLE  
(En el antiguo convento de la Merced de Olmedo)

*Hay en la villa  
cierto galán bachiller  
que quiere bien una dama.*

*LOPE DE VEGA. El caballero de Olmedo*

Sube el telón de la tarde.  
Sobre los dorados sueños  
barrocos  
el ladrillo mudéjar se transforma  
en comedia de honor.  
Entre las bambalinas del mundo,  
Lope, Calderón,  
dirigen una mirada furtiva  
a la voz  
profunda  
del tiempo, inmortal.

¡La vida es teatro!  
otro caballero de Olmedo  
posible...  
Entre las bambalinas del mundo,  
un viejo convento  
descubre sus secretos dormidos  
al espectador.  
27 de marzo de 2007.

Sube el telón de la tarde.

## NOCHE EN CASTILLA

*El color oro mate poco a poco  
se hace bruñida plata. Cae la noche.*

CLAUDIO RODRÍGUEZ

Noche que cubres con tu manto  
el hondo camino de la aurora,  
voz que sueñas  
en los ojos  
retales infinitos de simiente.

Con tus manos nobles y bruñidas  
dibujas  
un salmo de espadañas inmortales.

## ANTE EL UMBRAL DE UNA PUERTA

*La predestinación  
no marca los destinos,  
pero cubre los pasos del recuerdo.*

LUIS GARCÍA MONTERO. *Asientos reservados*

El tiempo nos guía, silente,  
hacia un puerto de horizontes infinitos,  
ayer sin nombre,  
sin rumbo.

La vida cincela sus apuntes,  
a trazos con sentimientos indelebles,  
a veces, entre penumbras  
pobladas de inquietudes temblorosas,  
pero siempre tejida  
con destellos de verdad.

En cada muesca de este largo camino  
se descubre  
un balcón abierto a nuestros ojos,  
un ocaso encendido en nuestras manos  
que acunan  
la noche íntima, plateada, profunda  
de nuestro corazón.

El tiempo nos guía silencioso  
entre los pasos del recuerdo  
y se detiene, expectante,  
junto al umbral de una puerta.

Una voz le dibuja su destino,  
crucero de afanes ensoñados.



## SOLITARIO

Poesías inéditas | Miguel  
Aguado

■ A este mundo vine solo  
sin nombre y sin apellido,  
la vida traía auestas  
con su largo recorrido.

Años anduve yo solo  
por los montes y sus riscos,  
por senderos pedregosos  
y polvorientos caminos.

Personas se me acercaron,  
dábanme todas abrigo,  
mas de sus conversaciones  
terminaba yo aburrido.

Una noche descubrí  
estaba Sole conmigo;  
su presencia me agradó,  
dije: seremos amigos.

Tras de mí venían gentes,  
todos eran conocidos,  
les tendía yo mis manos,  
pues avanzaban conmigo.

Con mi generosidad  
gané montones de amigos,  
todos incondicionales  
no de mí, de mis bolsillos.

Satisfechos parecían  
a mi lado complacidos,  
cosas vanas preguntaban,  
respondía sin sentido.

Poco a poco de mi vida  
supieron más que yo mismo,  
me refrescaron eventos  
ya quedados en olvido.

Ciertas fechas recordaron:  
aniversarios de amigos,  
cumpleaños de familia  
y los santos de mis hijos.

Ante tantas atenciones  
vivía yo complacido;  
de mi casa se iban tarde  
por Morfeo ya vencidos.

Mas en medio tanta gente  
me encontraba en un vacío,  
incomunicado y solo,  
de mi círculo excluido.

Cada día nuevas caras  
aumentaban mis vecinos,  
acudía gente extraña,  
parían carnales primos.

En casa los laborables  
siempre eran días festivos,  
los domingos y las fiestas  
jornadas de regocijo.

Las facturas impagadas  
de coches que no eran míos,  
deudas de caros recambios  
por arreglos sin motivos;

los totales figuraban  
a pagar a nombre mío.  
Las facturas devolvía,  
perdía falsos amigos.

Las bebidas en las fiestas  
alteré por solo vino,  
en verano los refrescos  
suplí por agua del río.

Alejé tantos moscones  
suprimiendo aperitivos,  
como huéspedes gorriones  
al advertir no era un primo.

¡Solo!, solo quedé en casa  
muy feliz y más tranquilo.  
En silencio pensar pude,  
logré encontrarme a mí mismo. ■



Plaza de San Juan

Nº 39

Mayo de 2009



C/ Valladolid, 3 • 09002 Burgos  
<http://bibliotecaspublicas.es/burgos/index.jsp>

**DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA:**  
Carmen Monje Maté

**EQUIPO DE REDACCIÓN:**

Fernando Ortega  
Isabel Oceja  
José M<sup>a</sup> Izarra  
M<sup>a</sup> Luisa Mintegui  
Mireya García  
M<sup>a</sup> José Rojo  
Carmen Díaz

**DEPÓSITO LEGAL:** BU 661-1998

**DISEÑO Y MAQUETACIÓN:**

**Edibur** Telf: 947 244 448